

UN CÉNTIMO



Poca cosa según el mundo, circunstancias de la vida, unidas al sentimiento de la caridad, le dieron valor infinito; y considero oportuno exhumar su recuerdo ahora que distinguidas señoras de esta capital, á impulsos de un celo que será cantado por los ángeles á la vez que es aplaudido en la tierra, trabajan de modo admirable para que en breve se dé culto á Dios en las dos nuevas parroquias del Buen Pastor y de San Ignacio de Loyola.

....Parece que la veo: anciana, viuda, sóla, reducida á extrema pobreza y enferma, nuestra conversación giraba siempre, cual mariposa ávida de luz, al rededor de los consuelos cristianos, bálsamo de amarguras é infortunios. Y por cierto.... ¡cuántas lágrimas pudieran enjugarse si, dejando á un lado pueriles preocupaciones, vinieran muchos hombres al seno de una sociedad bendita que refrigera las almas sin la menor ostentación!

Pues bien: hablando un día de la hermosura de contribuir todos, pobres y ricos, á la obra por excelencia augusta, de erigir templos al Señor, me respondió la pobre:—Es verdad; un céntimo encontrará usted en el cajón de esa mesa y siento no tener más, tómelo usted.—Así lo hice, sin poder articular palabra (lo confieso), y no voy á entrar ahora en reflexiones que mis ilustrados lectores podrán hacer mejor que yo; pero ha de serme permitido fijarme un momento en aquella bellísima expresión de amor, que cual tantas otras, ocultas para nosotros bajo distintas formas y medida, entrañan privación y sacrificio, haciendo que nuestra ofrenda sea aceptada allá arriba y quede escrita en los libros celestiales. Y esto trae á mi memoria lo que años atrás dije en estas páginas acerca de un caballero que, viendo destruidas por igual á raíz de la última guerra civil la iglesia de su pueblo y

su casa-palacio, no permitió se pusiera en este un sólo cristal antes de restaurar aquella y habilitarla nuevamente al culto; conducta loabilísima, parecida á la que hoy observan los señores que al levantar para su propia morada soberbios edificios, no se olvidan de destinar considerables sumas á la construcción de templos, los cuales, por suntuosos que sean, nunca pasarán de ser chozas que nuestra pequeñez pueda ofrecer al Altísimo.

Un pueblo que escatimara á Dios la honra que le es debida, sería un pueblo ingrato, enteco y moribundo. San Sebastián está lejos de serlo.

Regocijémonos de ello; abramos pronto esas dos parroquias que que tanta falta hacen, y subamos luego al antiguo faro de Igueldo, faro también en el porvenir, a venerar á la Virgen Santísima acogiendo bajo su manto desde aquella altura á nuestra querida *Donostía*.

A la indicada Junta de Señoras presento respetuosamente mi parabien humilde y entusiasta.

Y nadie olvide que lo que á nuestros ojos es un céntimo, á los ojos de Dios puede ser un tesoro.

ANTONIO ARZÁC.

SECCIÓN AMENA



BERE ALDE



—Bey'au erosiko det
nolatan okerrik
ez badu.

—Ezerchore,
baizikan bakarrik....
—Azaldu zazu bada,
¿zer? Esan egiya.

—Orra, bai, dala zerbait
ostikalariya.

—Eztait ezer ajolik
besterik ezbadu,
bada nere emaztiak
ibilli bear du.